

OFELIA EN EL DIVÁN DEL SICOANALISTA

Mi nombre es Ofelia. Fui coronada como reina de las locas cuando perdí la cabeza por Hamlet. Entonces me adornaron las hadas del bosque con una corona de flores silvestres, que llevaría hasta mi tumba. En mi vida nunca hubo felicidad. De niña soñaba con un príncipe azul que tiñera mis melancólicos días de una desbordante alegría. Jamás supe lo que era vivir el presente, en definitiva, estar viva. Mi triste pasado, de niña sin amor, me lanzaba a un futuro amargo por estar hecho solamente de pura ilusión. Pero cierto día conocí a Hamlet durante una fiesta organizada por su padre en su castillo. Para ella, yo tuve mucho cuidado en ir deslumbrante, hasta tal punto que el príncipe reparó en mí nada más entrar en el gran salón de palacio, donde su pueblo estaba esperándolo. Esa noche bailé con Hamlet como la Cenicienta con su príncipe azul. Por primera vez en mi vida supe lo que era ser feliz. Al ritmo de la alegre música, danzamos toda la velada, sin importarnos el resto de cortesanos, que nos miraban no sin cierta malicia. A partir de ese momento, ajenos al mundo, construimos una burbuja en la que poder vivir nuestro amor. Pero este duró poco. Mi bello y amado príncipe Hamlet, aquejado por el asesinato de su padre, comenzó a estar cada día más absorto en disquisiciones filosóficas sobre el sentido de la vida y la muerte, apartando, bruscamente y con la mirada perdida, todos los gestos de cariño que yo le profesaba. Fue entonces cuando caí en la más grande de las desesperaciones, producida por el desamor que sufría. Así, no era raro verme, con la corona de flores sobre mi cabeza, por los caminos del reino, delirando y tarareando canciones de mi más tierna infancia, que ya apenas recordaba. Una tarde, caminando sin rumbo, el murmullo del río me susurro la más bella y

dulce melodía, que mis oídos hasta el momento nunca habían escuchado: la canción de la muerte. El atrayente rumor de las aguas penetró en mi cabeza y esculpió con heladas letras de agua mi aciago destino. Mis pies, como los de un autómata, me llevaron a la orilla del río y poco a poco me fui sumergiendo en lo más profundo de su curso. La muerte me vino cuando mis pulmones se encharcaron y no pude respirar ya más. Han pasado años de esto, incluso siglos, y mi tragedia ha pasado a la historia gracias a un genial escritor inglés. Quizás la historia contada por mí no se asemeje del todo a lo que él relató, pero lo esencial de mí ser sí puedo decir que Shakespeare lo plasmó. Él siempre supo que, pasados varios siglos, muchas Ofelias del mundo acabaríamos en el diván de un psicoanalista.